

Prólogo

El Callao de Dora Mayer

Dora Mayer fue testigo de excepción del cambio ocurrido en el Callao en la primera mitad del siglo xx. Residía en el Callao y, más específicamente, en el barrio de Bellavista, que precisamente en su tiempo fue reconocido como un distrito del Callao (1915). Su visión del cambio es un tanto ambigua. De un lado, reconoce que, como puerto y ciudad, el Callao se ha quedado rezagado con respecto a los dos puertos mayores de Sudamérica: Buenos Aires y Río de Janeiro, y lamenta mucho este hecho. Sin embargo, de otro lado, refiere con preocupación el cambio experimentado que, en su mirada, va en mal camino al no definir espacios industriales y residenciales. Inclusive, estos últimos no tenían una clara identidad de clase (barrios obreros y de clase media y alta).

El Callao se mueve es un ensayo testimonial de Dora Mayer redactado con motivo del centenario de la autonomía político-administrativa del Callao (1836-1936). No lo llegó a publicar en ese momento, y sospecho que esto se debió al largo tiempo de su redacción, ya que recién en abril de 1938 cerró la tarea. Su mirada aguda y penetrante le permite ver aspectos del puerto-ciudad imperceptibles para otros observadores, quienes aprovecharon la efeméride más bien para rememorar la historia y presentar los avances que tenía el puerto de aquel entonces. En este sentido, el texto comentado es de gran importancia porque son reflexiones que parten de la sensibilidad especial de quien, como Dora Mayer, analizaba la sociedad peruana en diferentes facetas desde

hacía unas tres décadas. A diferencia de quienes mostraban un puerto pujante y moderno, Dora Mayer prefiere preguntarse por las direcciones que ha de seguir el puerto desde diversas perspectivas: como emporio portuario del Pacífico, como urbe que multiplica su población en un breve lapso y se expande rápidamente por el espacio contiguo, como puerto que funciona como un motor de diversas actividades industriales y comerciales, y como ciudad con nuevos servicios, lugares de residencia y de veraneo.

Este texto es, en cierto modo, el equivalente para el Callao de *Lima la horrible* (1964) de Sebastián Salazar Bondy. En ese ensayo, publicado más de un cuarto de siglo después, el destacado escritor limeño criticaba a los sectores pudientes de la capital por intentar recrear una Lima colonial idealizada, bajo el falso supuesto de que representaba una suerte de arcadía. La obra de Mayer también podría haber tenido como antecedente el nostálgico *Una Lima que se va* (1921), de José Gálvez, al modificarse el puerto-ciudad de manera muy significativa en todos sus aspectos en un lapso muy reducido. Dora Mayer recoge el sentimiento de los habitantes mayores del Callao, quienes veían que su ciudad cambiaba a una velocidad que ellos no podían apreciar muy bien.

Sin embargo, a diferencia de los nostálgicos, Dora Mayer entiende la necesidad del cambio. Dedicar este texto, más bien, a llamar la atención acerca de aspectos que, en su opinión y experiencia concreta, deben ser conducidos para evitar un crecimiento desordenado y caótico. El ejemplo de Lima le dice que se debían tomar acciones para que el Callao no se convierta en una urbe inmanejable. A lo largo de su texto, remarca que le preocupaba el crecimiento industrial en cualquier rincón del puerto-ciudad y, al mismo tiempo, que el Callao fuese tenido como un balneario de los sectores poderosos de la capital. El centro histórico del Callao debía albergar la administración, en tanto que las industrias

debían seguir el ejemplo del Frigorífico instalado a las afueras de la ciudad. De la misma manera, abogaba por separar geográficamente los barrios residenciales de los obreros.

Dora Mayer tenía motivos valederos para preocuparse. Ante sus ojos, el Callao estaba cambiando de manera vertiginosa. El Callao de dimensiones pequeñas, de escasa población permanente y rodeado de caseríos, huertas surcadas por canales y acequias de regadío, humedales con puquios a la vista y numerosas playas a lo largo de la ribera estaba rumbo a ser reemplazado por una urbe de grandes dimensiones que invadía la campiña y destruía el litoral para dar paso a la ampliación del puerto.

El Callao duplicó su población en un cuarto de siglo: de 32 298 a 70 141 habitantes entre 1905 y 1931. La ciudad se consolida como una población joven (el 65% es menor de 30 años), alfabeta y con una ligera predominancia de varones. A pesar de su cosmopolitismo histórico, la población del Callao seguía siendo peruana en más de un 90%, con minorías extranjeras: sudamericanos, italianos, chinos, ingleses, franceses, alemanes, españoles y japoneses. Estos últimos fueron la colonia extranjera más numerosa en 1931. La mitad de los peruanos había llegado de las diversas provincias costeñas y serranas del país. Así, además de cosmopolita, el Callao era un puerto mestizo.

Por otra parte, las dos leguas que separaban la capital del puerto parecían haberse recortado gracias a las nuevas vías de comunicación terrestre, caracterizadas por un intenso tráfico —como el ferrocarril, el tranvía eléctrico, además de cinco avenidas troncales: Colonial, Unión o Argentina, Progreso o Venezuela, La Paz, Miramar o Costanera—, y a los nuevos hitos del avance de barrios para la clase media y obrera, como las plazas Leguía o Guardia Chalaca, y Fanning u Obelisco, en la vecindad de las haciendas que dominaban la zona alta del Callao.

El crecimiento «natural» de la población debía ser la vía hacia Bellavista. La antigua población colonial recobró su prestancia y, en sus inmediaciones, surgió el barrio de La Perla, que pretendía convertirse en el nuevo balneario de moda en competencia con La Punta, Magdalena y Chorrillos. Más bien, La Punta se consolidó como el lugar de verano y de residencia permanente. A la vuelta de dos décadas, pasó de ser un caserío de pescadores con su ancestral culto a la Cruz de La Punta-Punta a ser el primer barrio residencial de sectores medios de la sociedad chalaca. Algo similar sucedía en la parte más ancha de la península: la zona industrial de Chucuito pasaba a ser mayormente residencial, aunque, en 1938, todavía contaba con numerosas factorías y talleres de las compañías de vapores con sus respectivos muelles de madera, astilleros y baños públicos. El centro de la ciudad se tugurizaba al mismo ritmo que tardaban en aparecer los nuevos barrios en las áreas de crecimiento hacia el norte y el este, en tanto que la histórica fortaleza del Real Felipe dejaba de ser el almacén de la aduana del Callao.

La ciudad se embelleció notablemente: calles más anchas y alamedas llenas de árboles, así como una veintena de plazas y plazuelas (la del Pueblo, la de las Flores, la renovada Casanave o del Óvalo, etc.), doce de ellas con fuentes y monumentos a los héroes de la independencia y la guerra con Chile. Sin embargo, entre los ficus y el mármol, el Callao ya respiraba los aires de una urbe moderna con sus grandes y medianas empresas industriales y de servicios en el área urbana, que generaban desconcierto entre quienes, como Dora Mayer, veían con preocupación la suerte de ese Callao pequeño que habían conocido poco tiempo antes.

La transformación mayor, sin embargo, fue el puerto mismo. Ya desde inicios del siglo, el muelle y la dársena de las décadas de 1860 y 1870 no se daban abasto para satisfacer las exigencias del tráfico marítimo mundial; además,

con el fracaso del traslado del puerto a la isla de San Lorenzo en 1914, se manifestó con mucha mayor claridad la obsolescencia del principal puerto peruano y del Pacífico sudamericano. El régimen de Leguía inició la construcción del Terminal Marítimo del Callao (que llevaba el nombre del entonces presidente), una obra colosal que demoró unos siete años en construirse hasta su puesta en funcionamiento en 1934. En ese lapso, se hundió el gran dique flotante de la Compañía Peruana de Vapores, lo que añadió una nueva urgencia a la infraestructura portuaria: construir un gran dique seco.

El nuevo puerto modificó toda la ciudad. La nueva aduana, los seis nuevos espigones y el dique seco cambiaron el litoral al convertir toda la ribera de la ciudad en la zona de servicio del puerto, ocupando casas y calles, eliminando muelles secundarios, instituciones y baños públicos, y en especial el barrio de pescadores. Todo ello obligó a dirigir el crecimiento urbano hacia las chacaritas más allá del paseo Garibaldi y del hospital de San Juan de Dios, la zona de Barlovento (hacia el Mar Bravo) y, como siempre, hacia Bellavista. En 1938 se inició el relleno del enorme espacio marino entre el todavía vigente muelle de fleteros y la dársena, conocida como La Poza, escenario de los deportes náuticos y acuáticos del Callao. Inclusive se modificó el eje de contacto del puerto con la ciudad capital al cerrarse definitivamente la aduana en el Real Felipe y perder importancia el Ferrocarril Inglés, que recorría la avenida que pasó a llamarse Buenos Aires y, hoy, Miguel Grau. En ese momento, Dora Mayer estaba escribiendo sus impresiones sobre el Callao que desaparecía y el Callao que no terminaba de aparecer. Dos años después, el 24 de mayo de 1940, el Callao volvió a sufrir un terremoto que destruyó la ciudad casi por completo. Pero eso ya no lo consignó Dora Mayer en su relato que, probablemente, si seguía vigente para ser publicado, dejó de

ser prioridad por haber desaparecido la situación que ella estaba comentando.

Dora Mayer inicia su interesante y documentado relato con una afirmación triste pero que indica su motivación: «No hay amor al pasado; no hay amor al Callao sencillo en el que morábamos quizá más felices de lo que moraremos en el Callao grande del futuro» (p. 34). Los árboles estaban «luchando» con el cemento mientras se perdía el orgullo cívico de sus pobladores.

A Dora Mayer le interesan las condiciones de educación y salubridad, la vivienda popular y mesocrática; estaba en contra de la «potencia plutocrática» de los créditos bancarios (p. 44), y, antes bien, aboga por el altruismo y el humanitarismo de la gente adinerada en favor de los pobladores «realmente menesterosos» (p. 46). Se preocupa por el proletario, a quien, al no poder adquirir una vivienda, «se le empuja [...] hacia un abismo desde donde alzaré el puño contra el mundo despiadado» (p. 48).

En cuanto a las construcciones, se opone al intento de establecer «rascacielos» en el centro y en los suburbios, muy diferentes del «antiguo estilo de casas para el pueblo, edificadas de quinchá y barro» (p. 50). Se refería, respectivamente, al edificio de la fábrica de la Compañía Nacional de Cerveza —de cinco pisos en la Plaza del Óvalo— y al barrio de Guardia Chalaca —entre los jirones Arica y Vigil—, con sus casas ornamentadas y vistosas. Prefiere que las casas tengan un precio similar por barrio, con el fin de crear urbanizaciones más homogéneas para las clases trabajadoras y medias: «La ciudad es de todos, pero el barrio debe ser de cada clase de gente». «Los hábitos de la masa son generalmente de descuido, de poco aseo, de poca minuciosidad y delicadeza» (p. 52). Páginas después, agrega como una solución crear «variedad de barrios con reglas adecuadas a la diversa categoría de estos»: un barrio residencial «que tenga en su interior mármoles y

todos los costosos aparatos higiénicos propios para gente no connaturalizada con microbios y otros elementos poco limpios», diferente a los barrios obreros y arrabales donde «hay que dejar que la higiene no mande mucho, porque miseria e higiene son ingénitamente reñidas» (p. 60).

En definitiva, a Dora Mayer le afectaba el crecimiento espontáneo de la ciudad, con barrios nuevos y amplios pero contaminados y ruidosos por las bocinas de los autos y de las radios de casas particulares. Más bien, no le molestaban los pregones de los vendedores callejeros en tanto que se trataba de gente menesterosa, «pobres, nobles ejercitantes de un trabajo honrado» (p. 62).

El Callao de Dora Mayer crecía restringiéndose a la vez. Ella llama «entusiasmo del centenario» a las obras públicas propuestas y muchas de ellas ejecutadas en esos años: los pozos artesianos, el Colegio Nacional Dos de Mayo, el Hospital Naval, la Maternidad, la piscina municipal, la Biblioteca Municipal, el Asilo de Ancianos y el hospital mixto (p. 87). Para ella, el «ideal de metrópoli» del Callao no debía resultar en una gran urbe, sino en «una ciudad bien organizada y bien cuidada, aunque se quede en dimensiones menores que las soñadas» (pp. 90-91). No por casualidad finaliza su relato con una breve exposición sobre la sanidad de la población chalaca, afectada por la tuberculosis, y las condiciones de la educación por preocuparle el civismo y la disciplina social de manera muy directa (tercera parte).

Este texto es diferente a los que nos tiene acostumbrados Dora Mayer. Gracias a esto, nos acercamos a una mejor comprensión del pensamiento de la gran intelectual alemana que adoptó al Perú como su nueva patria, al Callao como su «patria chica» y a los peruanos humildes como sus protegidos.

Sus palabras finales explican que no se trata de un conservadurismo social, sino de una «apología de la historia»

como parte constitutiva de una colectividad y que debe fomentarse «con educación y más educación»:

Los lectores habrán notado en mi trabajo poco entusiasmo por el fausto que se anuncia para el próximo porvenir del Callao y algo de apología del pasado, que muchos quisieran dar por liquidado. Seguro es que nunca se liquida el pasado, que es parte inalienable tanto de una personalidad colectiva como de una persona simple (p. 111).

Y concluye con una invocación:

La nueva aurora del Callao se presta a iniciar una época serena [...]. Paz sea contigo, benigno y relativamente inmaculado suelo del primer puerto de la República del Perú. Paz sea contigo por la inspiración de la sabiduría divina y la voluntad de los hombres de obedecer al imperativo supremo, y por la esperanza que ha puesto la América en tener una historia digna de un siglo avanzado (pp. 117-118).

FRANCISCO QUIROZ
UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

Sobre el origen del manuscrito

Para entender cómo llegó a nuestras manos el manuscrito *El Callao en la época de su centenario*¹, de la investigadora, periodista y escritora peruano-alemana Dora Mayer, debemos remontarnos a dos personalidades clave de la cultura peruana de finales del siglo xx: el activista político y educador Andrés Paredes Luyo y José Respaldiza Rojas.

La casa familiar de Andrés Paredes Luyo estaba cerca de la de Dora Mayer. Eran vecinos cercanos. Ella lo educó desde su niñez. Primero fue su profesora de inglés. Al observar las habilidades cognoscitivas del pequeño Andrés, Dora se convirtió en su maestra. Lo orientó, le enseñó a leer, a escribir y cumplió un rol de tutora. Con el paso del tiempo, Andrés prácticamente se convirtió en un hijo. Ella lo llevaba a todas las actividades y paseos que formaban parte de su agenda. El vínculo emocional entre el niño y la maestra creció hasta establecerse un parentesco similar al de una madre y su hijo. Dora se preocupó por el desarrollo académico de Andrés durante todas sus etapas de crecimiento: niñez, pubertad, adolescencia y juventud. Así transcurrió el tiempo, hasta que, en su etapa adulta, Andrés Paredes Luyo se convirtió íntegramente en la persona de confianza de la escritora.

Es justamente en este periodo que Dora Mayer le entregó a Andrés una parte de su archivo personal: memorias, cartas, fotos y otros documentos que actualmente se encuentran en

1 En la primera parte del manuscrito, Dora Mayer indica que el título original fue *El Callao en el año de su centenario*, pero que, a sugerencia de un colega y debido a la rapidez de los cambios en la ciudad, decidió modificarlo a *El Callao se mueve*. Sobre esta base, el Fondo Editorial de la UNMSM ha adoptado este título para la presente edición.

la Biblioteca Central Pedro Zulen de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Dentro de ese grupo de documentos destaca el manuscrito *El Callao en la época de su centenario*. En 1984, Andrés Paredes Luyo entregó las memorias de Dora Mayer a José Respaldiza, y este a su vez le facilitó esos documentos al historiador y docente Pablo Macera, quien los publicó en el Seminario de Historia Rural Andina. Con el paso de los años, nos percatamos de que esas memorias estaban incompletas.

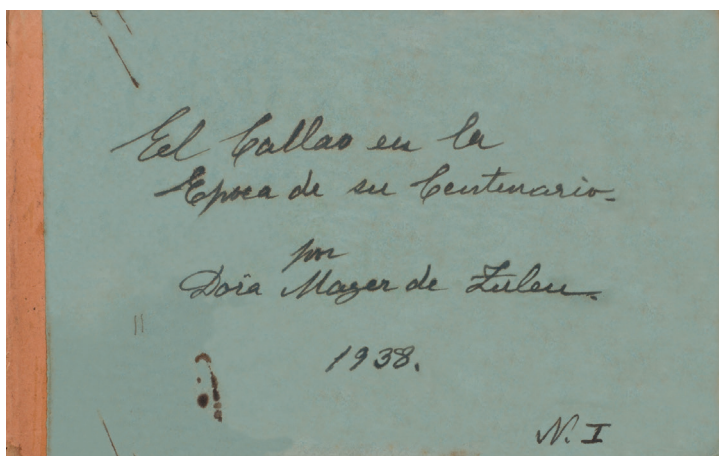


FIGURA 1. Portada del manuscrito con el título original de la autora.

Fuente: Fondo Reservado de la Biblioteca Central de la UNMSM.

Desde jóvenes, Andrés Paredes Luyo y José Respaldiza compartieron una entrañable amistad cimentada en sus ideales políticos y su vocación por la educación.

Décadas después, en 2018, Andrés Paredes Luyo visitó nuestra casa familiar y me entregó personalmente el archivo de Dora Mayer. Me pidió que lo donara a mi *alma mater*, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, lo cual cumplí. Durante esta entrega, me dio también dos capítulos adicionales de las memorias que faltaban. Dentro de este archivo

estaba el mencionado original del manuscrito. Es así como este documento llega a mis manos.

Personalmente, antes de donar el manuscrito *El Callao en la época de su centenario*, tuve el temor de que se pudiera extravíar. En esas circunstancias, le pedí ayuda a Gabriel Ramón Joffré, quien, junto a Marisol León Fernández, se encargó de digitalizar este manuscrito de manera gratuita para donarlo a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y publicarlo en su página web institucional.

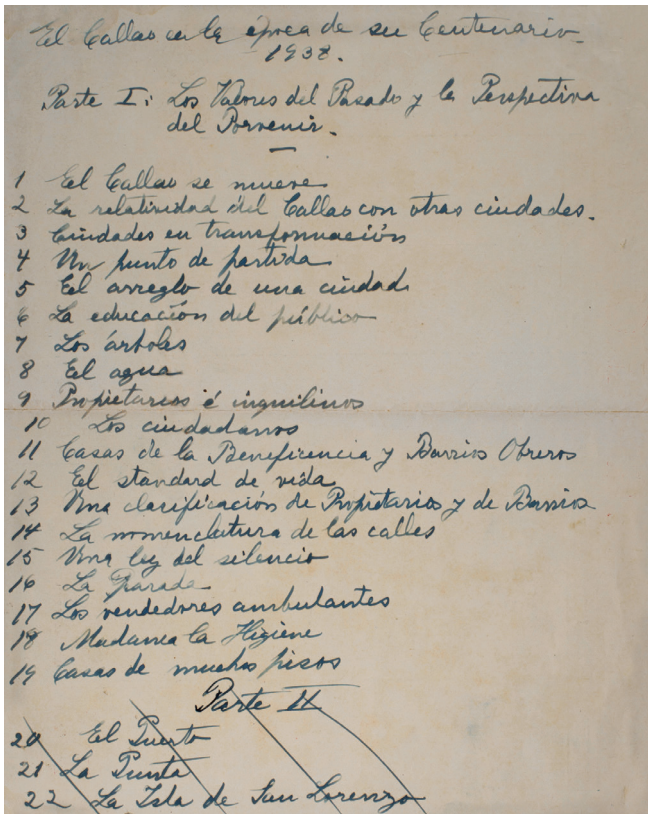


FIGURA 2. Hoja con el índice del manuscrito.

Fuente: Fondo Reservado de la Biblioteca Central de la UNMSM.

Dora Mayer vivió en el Callao desde 1874 hasta 1959, año en que falleció. Su primera casa se ubicaba en la cuadra tres del jirón Ucayali. Su morada tenía vista a la pampa del Mar Bravo y al océano Pacífico. La vista era privilegiada. Observaba todo tipo de embarcaciones: los botes artesanales de pesca, los barcos de guerra, algunos rumbo al conflicto con Chile, entre otros. El Callao que conoció era aún rural, sin embargo, tuvo la oportunidad de observar, vivir y experimentar todos los cambios de corte urbano y tecnológico: el desarrollo del sector de construcción y la llegada de compañías de diversos géneros. En este libro describe todo lo que había presenciado, la transformación de la ciudad.

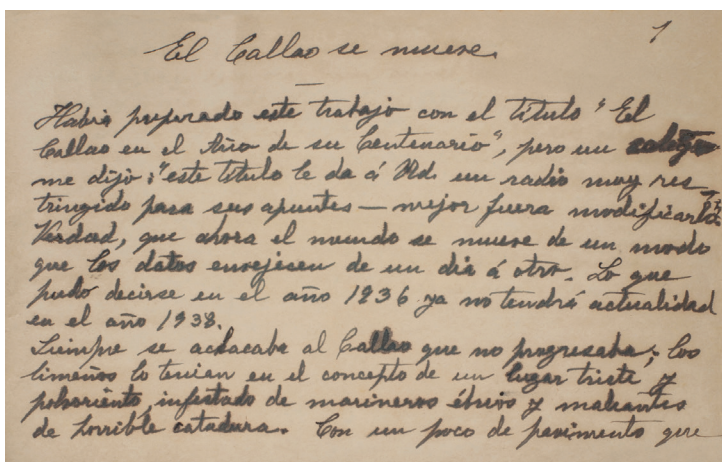


FIGURA 3. Primera página del manuscrito.

Fuente: Fondo Reservado de la Biblioteca Central de la UNMSM.

Escribió el original en hojas recicladas. Tomó un grupo de hojas, las cortó del mismo tamaño, las juntó, les colocó un lomo y escribió el libro a mano con pluma y tinta. Lo estructuró como un libro tradicional: con un título, un índice y capítulos. Dora Mayer guardó el manuscrito hasta el

momento en que se lo entregó a Andrés Paredes Luyo, su amigo personal y de suma confianza.

La importancia de este libro reside en que es una fuente directa, testimonial y de corte histórico, vinculada a las transformaciones del puerto del Callao. Durante su etapa adulta, y con el bagaje académico que poseía, pudo explicar estas transformaciones desde una mirada personal, subjetiva. Es una fuente valiosa para los estudios sobre el desarrollo urbano del distrito, que hasta ahora no ha sido utilizada por ningún investigador o institución. Ahora se convierte en un libro que estudiantes y académicos puedan consultar. Y, más allá de su valor documental, este manuscrito simboliza también un gesto de memoria y afecto: el legado de Dora Mayer, conservado con fidelidad por quienes la conocieron, vuelve hoy al espacio público para seguir inspirando nuevas lecturas sobre el Callao y su historia.

ELVIRA ALIONCA RESPALDIZA CHÁVEZ